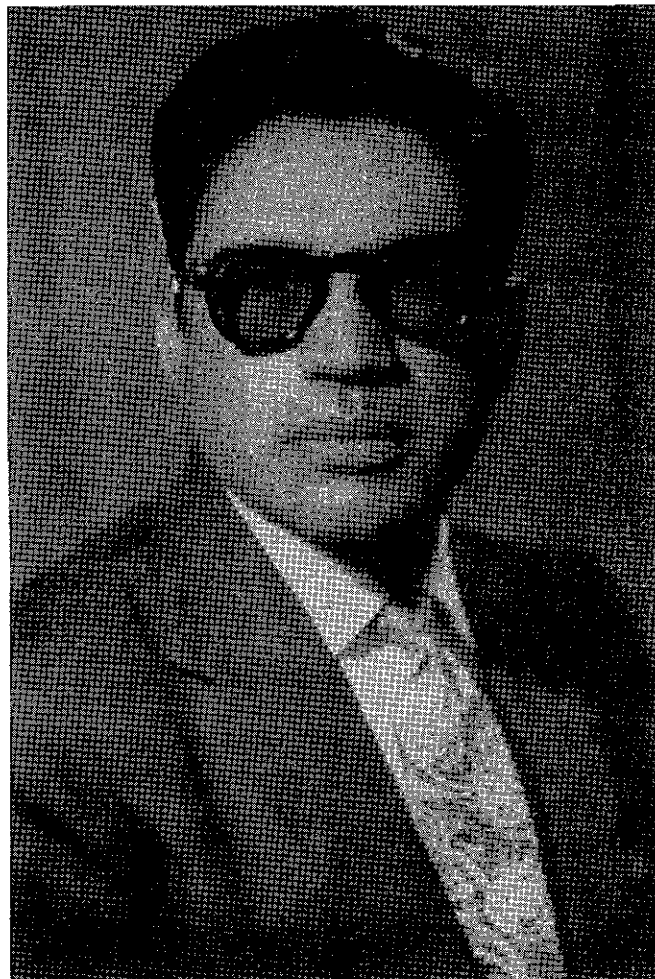


*Cuentos
de
Napoleón
Rodríguez
Ruiz*



Napoleón Rodríguez Ruiz
(1910-)

CATALOGADO

El Janiche

La familia de Tomás Lúe vivía en un cantón perteneciente a la comprensión municipal de Izalco. Los Lúe se habían establecido allí desde tiempo inmemorial. Los lindes del cantón habían sido siempre su único horizonte. Ahí, por devoción, se conservaba el fuego del hogar. Los ranchos olían a tradición. Sobre la tierra estaba siempre cayendo el llanto de los muertos y fertilizándola y consagrándola. Los antepasados presidían el proceso de la siembra y la recolección de las cosechas. En las noches sin luna, cuando las sombras se hacen más densas y profundas, los difuntos velan sobre el maizal y libran de los brujos y de los malos espíritus.

Por todo eso habían los Lúe permanecido siempre adheridos a la tierra. Formaban parte de ella. Se sentían vivos en el verdeo de los herbachos, en la terronería parda y negra que la uña del arado ponía al descubierto, y en el polvo bermejo de los caminos. Observaban rigurosamente las costumbres transmitidas a través de muchas generaciones, y no daban un paso sin atenerse a las reglas que los manes dictaran a todas las tribus desde el principio del tiempo.

De ahí que los Lúe no fueran gente alegre. Agobiados de tradi-

ción, presos en las redes de una herencia psicológica infantil, apenas si podían respirar con libertad. Eran tristes y añorantes.

Tomás Lúe fue el último varón de la familia. Casó, a la usanza indígena, con Eulalia Tisque y habían tenido cinco hijas en el matrimonio. En todos los alumbramientos el hombre había esperado ansioso un varón, pero sus deseos siempre salieron frustrados. Entonces solía decir: “esta Ulalia sólo sabe nacer mujeres. Si el finado mi tata viviera ya me viera buscando otra mujer pa tenerlo el varón”.

No hay cosa más dolorosa para el indio que no tener hijos varones. Se siente incompleto, no le encuentra un sentido exacto a la vida. Pareciera como si a la tierra le faltara algo, y como si se estuviera más cerca de la muerte.

La nostalgia por el varón que no llegaba, hacía estragos en el aspecto físico de Tomás: se veía avejentado, desmañado, sin ánimos. La última hija tenía ya siete años, de modo que Lúe iba perdiendo poco a poco la esperanza, aunque sin resignarse nunca. Pensaba, acongojado, que la virilidad de que tanto se ufano siempre, estaba agonizante y que él había dejado de existir como hombre para mujer.

—Soy como el palo de hule —decía— que no da leche de tanto que lo han sangrado.

A él, por las heridas del alma se le había fugado la hombría

Júzguese entonces cuál sería su contento cuando un buen día, la Eulalia, afligida y cavilosa, le dijo:

—Tomás. . .

—¡Ajá!. . .

—Te quieto decir una cosa. . .

—¿Qué cosa es ésa? desembuchala luego.

—Que yo creo que estoy empuñada, pué .

El indio dio un salto y se la quedó mirando perplejo. En su asombro, no hallaba qué decir.

Al fin, atagantándose, exclamó:

—¿No será buleta vos Ulalia? Ya sabés quel duende hace a veces travesuras.

—Yo no sé si será vano esto, pero toy asina.

—Si nues vano, ése tiene que ser el varón, mi cipote que tanto ei esperado.

—Bicho o bicha tu hijo será, Tomás.

—Yo creo que sí.

Cundió la nueva por la rancharía. Y todos vieron con asombro que Tomás Lúe era otro hombre. Su andar era más firme, su cuerpo, antes encorvado, se erguía proyectando una sombra larga en el suelo. Se endomingaba con frecuencia, poniéndose alegre en el pueblo.

Y así, rodando, rodando, el ansia se diluía en la espera. E iba tatuándose en la imaginación de Tomás la figura del hijo, que se distendía y ocupaba espacio en el mundo hasta llegar a moverse a su lado y mirarle con ojos hitosos. Lúe, en la penumbra, sonreía satisfecho y orgulloso. En ningún momento se le cruzó por la cabeza la idea de que aquel hijo pudiera ser hija, como las otras veces. Tenía seguridad y fe.

Miraba a la Eulalia con amor, casi con mimo. Ella, redonda y pequeñita, no demostraba participar de la ansiedad del marido. La vida la veía del mismo color, siempre sombría, llena de recuerdos de los muertos que imponían su voluntad, desde las tumbas. Bien hubiera querido ella, por ejemplo, quitarse el refajo y vestir naguas y blusa para sentir menos oprimido y fatigoso el pecho. Pero la tradición tribal se lo impedía. Había sido una blasfemia. ¿Qué diría tata Eugenio Tepac, su abuelo materno, a quien no conoció, pero había, en cambio tiranizado a la familia? Hubiera querido también llamar para que la asistiera en el parto, a una plegada, a una ladina, para sufrir menos en el alumbramiento. Pero sabía que no podía, el cipote nacería tocado. Los muertos decían que habría de ser una partera india, y así sería.

Transcurrieron los meses, engullidos por la ansiedad de Tomás. Y por fin llegó la fecha del alumbramiento. Era un día azul de verano. Una lluvia de luz caía sobre la campiña, poniendo en los árboles hojas de cristal. El volcán de Izalco se destacaba en el horizonte como un cenizo de arena que manos infantiles dejaron formado en una playa de mar.

El niño sería hermoso, como el día. Tomás estaba alborozado. Sentía vagamente, inconscientemente, proyectarse hacia la eternidad del tiempo. Un halo de persistencia le soplaba en el corazón.

En la tarde, se encaminó a la ciudad de Izalco a comprar el amilú y el triaca y otras cosas que la partera le había pedido. La Eulalia se había quedado tomando agua de ciprés suministrada por la comadrona para apurar los dolores, los cuales se produjeron desde muy temprano.

Después de comprar las medicinas, deambuló un rato por la plaza, y luego pasó a la cantina a tomarse unos tres tragos de aguardiente.

y a comprarse unos puros. Así se sentía con más valor para esperar el nacimiento. Sentados en una banca larga y desvencijada charlaban varios clientes en la cantina, hediondos a chenca y a licoi. Uno de ellos tenía un periódico en las manos y leía con alguna atención. Lúe no les hizo caso, y ya ponía los pies en la acera cuando se volvió bruscamente, asustado, al oír que el que leía el periódico decía:

—Miren muchá, hay que acostarse temprano porque aquí dice que va haber eclipse de luna esta noche

—¡Ajá! —dijo otro—, quizá por eso tenía anoche rueda la luna y el sol ha alumbrado tanto este día.

—¡Eclipse de luna! ¡maldita sea! —se dijo Tomás. Y su cara, antes alegre, se le ensombreció de angustia. Su paso tornóse vacilante. Cabizbajo tomó el camino del cantón. Estaba seguro de que el hijo nacería mal, le costaría mucho a la Eulalia, tal vez hasta se moriría el cipote. Pero no, no podía ser que la luna viniera a quebrar su anhelo. ¿Qué tenía que ver ella con su hijo? La luna gira en el cielo y nosotros estamos en la tierra. ¿No está acaso muy lejos la luna? ¡Ah!, pero las tradiciones dicen que el que nace en eclipse de noche sale comido de la luna o se muere. Y el que nace en eclipse de día, sale hijo del sol, o también se muere. Los decimes indios lo afirman, y así debe ser. Su hijo nacería janiche o se moriría. Si siquiera la luna hiciera una esperita. Un día no es nada. ¿Qué sale perdiendo la luna con atrasarse un día? El, en cambio, tendría un hijo janiche, que es como tenerlo a medias

Así, entre animoso y decaído, sintiendo su espíritu en una encucijada llegó al rancho cuando ya anohecía. La Eulalia estaba en lo mejor. Los dolores habían aneciado —decía la india comadrona— de seguro el nacimiento sería como a las diez. Tomás no dijo nada del eclipse. No quería asustar a su mujer. Además, tal vez el borracho aquel se había equivocado y no había tal eclipse.

La noche cayó con toda su suavidad de terciopelo. Al mismo tiempo que en el cielo se encendían las estrellas, se encendía en el alma del indio la hoguera de su inquietud. Si al menos hubiera nubes negras para que no se viera el eclipse —pensaba—. Pero el cielo estaba diáfano y sutil. Nada interrumpía aquella diafanidad, a no ser el móvil encaje de la vía láctea.

Tomó Lúe un taburete y salió a sentarse en el patio del rancho para seguir, ojo avizor, los pasos a la luna. A poco, ésta surgió redonda e insinuante. Tomás la vio larga y fijamente, y le pareció tan

tranquila, tan hermosa, que no era posible que causara tanto daño; insensiblemente, sin quererlo, murmuró: ¡Materia!

Adentro, en el rancho, la Eulalia gemía, no se sabía si por los dolores del parto o por los manoseos de la comadrona. El agua hirviendo esperaba en el fogón. La india partera, masticaba tabaco y rasándose la cabeza, decía a cada rato:

—¡Tá trabajando! ¡tá trabajando! nacerá bien, aguantá hijita.

Mientras, la luna iba subiendo toda blanca como un globo de plata. Toda la noche la ocupaba ella, tales eran su grandor y su hermosura. Lúe seguía mirándola, casi sin parpadear. Los hilos de su mirada se enredaban en el espacio con los rayos de la luna. El había querido amarlarla con ellos, detenerla para que no fuera al eclipse.

Caían los minutos como gotas de angustia. Las pupilas de Tomás tenían agua de luna de tanto mirar. Según su orientación debían ser las nueve de la noche. De repente, una sombra violácea empañó el color de acero de la atmósfera. Se extendió rápida formando arco iris. La luz de la luna se opacó y tomó un tinte ceniciento. De súbito, la luna se metió como una guillotina en la sombra, y todo se quedó negro y ciego. La noche solemne había recobrado su imperio.

Tomás perplejo, anonadado, yacía inmóvil, sin voz ni aliento. Y así continuó por unos minutos hasta que vino a sacarlo de su ensimismamiento un llanto agudo que sonó trágicamente en sus oídos, haciéndolo saltar del asiento. Bajo el agobio de aquel eclipse fatídico, corrió hacia el interior del rancho. Ansioso indagó. La india partera bañaba en esos momentos a la cía

—¿Qué fue? ¿qué fue?— gritó Lúe desesperado.

—Es un varón —dijo la comadrona con voz insegura.

—Y ¿tá... tá... tá... güeno, tá completito...?

La india tardó en contestar. El niño estaba boca abajo y rugía. Lúe esperaba, ardiendo, la contestación. De repente, la india se volvió bruscamente, y volteando al niño, se lo puso en los ojos, diciendo:

—Ay lo tenés, ha nacido janiche, no es culpa de yo.

Si una ceiba se le hubiera venido encima, no habría sido tan aplastante el golpe para Lúe. Con el semblante demudado y los ojos errantes, contemplaba la cara abotagada de la cía, su mirada se detenía en la boca del niño que se contraía en una mueca de asco, partido como estaba el labio superior descubriéndole toda la encía

Hubo un instante en que Tomás parecía una fiera pronta a echar

un zarpazo. Cogió de los brazos a la comadrona y la sacudió brutalmente, diciendo:

—¿Poi qué, por qué ha salido asina?

La vieja, asustada, no supo qué contestarle. El, enfurecido por el silencio cogió con brusquedad al chico que lloraba, lo alzó en los brazos, y con amargo despecho, dijo:

—Que se muera, que se muera, yo no quiero hijo comido de la luna.

E hizo ademán de lanzarlo contra el suelo duro. El grito de la madre lo detuvo. Bajó los brazos desfallecido y colocó al crío en el lecho.

—Que siaga la voluntá de Dios— musitó

El hijo se llamó Timoteo. Creció robusto y sano. Pero tenía en la mirada una sombra de tristeza que llamaba a compasión. Y era hosco y aielado. Todos los muchachos del cantón jamás lo llamaron por su nombre. Le decían siempre el Janiche. Se reían de él y de su manera gangoseante de hablar que apenas permitía distinguir las palabras que decía. Mientras no tuvo consciencia de su propia realidad, las burlas no le importaron. Pero después, ya más despierto, la mofa le hería profundamente. Y se tornó introspectivo. Más cuando se dio cuenta de que el padre vivía insatisfecho. A menudo le oía decir: —¡ah malhaya! un hijo que juera completo!

Al enroscairse en sí mismo, Timoteo adoptó el hábito de andar solo. Vagar por el monte, sin rumbo ni fin, era su ocupación favorita.

El padre, con dolor, notaba que el muchacho no andaba bien de la cabeza. Hacía cosas extrañas. Recordaba que desde muy pequeño, al jugar en el polvo, siempre gustaba de levantar pequeños cerros. Después los deshacía y parecía buscar algo que existiera debajo de ellos. Cuando una que otra vez lo llevaba al maizal, se subía a un árbol, y desde allí contemplaba extasiado, el cono azul del volcán de Izalco.

Un día Lúe se quedó pasmado al preguntarle el muchacho con aquella su voz que raspaba como lija los oídos:

—Tatá, y ¿qués lo quiay pué debajo de los cerros?

Lúe vio al hijo y después volvió su mirada hacia el volcán que subía empujando nubes.

Nunca había pensado en eso. El hijo volvió a la carga.

—¿No se podrá entrar a ver, pué, tatá?

Tampoco eso se le había ocurrido a Lúe, quien, al fin, dijo con acento inseguro:

—Dicen que tienen juego, el juego del infierno, pué.

—¡Ah!

Paró allí el diálogo. De regreso en el camino, Tomás no le quitaba al hijo la vista de encima, tratando de penetrar si aquello era locura, o manifestación de inteligencia. Y meditando, se decía: —pero ¿por qué va a ser loco uno que pregunta qué cosa hay debajo de los volcanes, y si hay puerta para entrar en ellos? ¿Acaso no se le ocurre eso a cualquiera?

—¡Jum! —exclamó—, hay que olvidar eso

Peró aquella noche no durmió pensando si debajo del volcán de Izalco estaba o no el infierno, con diablos y todo.

El Janiche asistía a la escuela rural. Odiaba a la escuela, donde todo el mundo lo escarnecía, y en vez de llamarle Timoteo, le llamaba Janiche. El profesor era el único que mostraba cierto afecto con lástima hacia él. Pero también lo comprendió en su odio infantil cuando cierto día, en que el muchacho jadeando porque se atrevía a hablar en clase, preguntó al profesor:

—¿Quiay debajo de los cerros, pué, maishtioó...?

Pregunta a la cual, ante la hilaridad de todos los alumnos, el maestro contestó:

—No siás tan bruto, Janiche.

Timoteo sintió como si un acialazo le hubieran dado en el rostro. Se agachó y no dijo nada. Cuando levantó los ojos, alucinado, le pareció que todos sus compañeros eran una multitud de cerros que se inclinaban para verlo, y se ponían invertidos para enseñarle lo que tenían debajo de las faldas. Pero cuando él se aprestaba a ver lo que había dentro, los cerros se volteaban bruscamente, como campanas que se echan al vuelo. Luego, vio saltar las bancas. En su cerebro había temblor de volcanes.

Aquello duró pocos segundos. Le pasó el aturdimiento, y la realidad se le cuajó nuevamente en los ojos. Recordó que el maestro le había dicho que era un bruto. ¿Por qué? ¿Qué de malo había en lo que había preguntado? ¿Acaso los maestros no son para enseñar al que no sabe? al menos así le decía continuamente su nana para hacerlo ir a la escuela. Él quería saber qué había debajo de los volcanes, en el corazón de los cerros. Y nadie sabía decírselo; él lo averiguaría por sí mismo. Y vendría después a enseñárselo al maestro y a sus alumnos. Y a su tata Lúe, que también lo miraba con desprecio.

Con esa determinación, al mediodía, después de las clases, Timoteo no se fue para su rancho. Por una de las veredas que él conocía muy bien, caminaba somnoliento y animoso. Miraba a cada momento al volcán, con cariño. No sentía ni las piedras ni las zarzas del camino. Todo su espíritu estaba echado en el afán de saber qué había debajo de los volcanes. Para él, el mundo era aquello. Y en él se movía, con presteza, con anhelo. Cuando empezó a ver las grandes rocas de lava antigua, abrazándose con las raíces de los árboles que sobre ellas habían crecido, gritó y silbó jubiloso, y corrió más y más, cuanto lo permitía la aspereza del sendero. Saltaba de roca en roca, con agilidad de saltimbanqui. Llevaba en sus ojos una danza de volcanes.

Por fin llegó hasta donde empieza la lava nueva. Se detuvo jadeante. Allí terminaba la vegetación y se extendía hacia adelante, erizada y caprichosa toda una articulación humeante de pizarra, que parecía, a distancia como el primitivo estado gaseoso de la tierra. Aspiró Timoteo, con fuerza, con fruición, con sensualidad. Después alzó sus ojos discordes, y se quedó extático ante el coloso imponente en su calvicie de centurias. Una sonrisa se le escurrió por la abertura del labio superior, por donde se había deslizado la luna la noche del eclipse. Y reanudó la marcha. Había principiado a ascender. Caminaba ladeando, por las costillas del volcán para hacer menos penosa la marcha y para ir buscando la puerta por la que él tanto había preguntado. Ya había dado quizá media vuelta al volcán, cuando de repente se detuvo entusiasmado al descubrir algunas excavaciones como gradas que iban hacia arriba, extendiéndose. Y se dijo: "por aquí debe ser." Y reanudó la marcha con más bríos.

El Volcán estaba mudo y quieto, como si no quisiera interrumpir los sueños del niño. Imponían la altura y la soledad. Ni siquiera consolaba el sentirse tan cerca del cielo.

El niño seguía avanzando a rastras, deslizándose y volviendo a subir, febril, alucinado. Parecía un pigmeo en las espaldas de un titán. Desde hacía un rato venía sintiendo un calor atroz que lo hacía sudar copiosamente. Se decía que estaba próximo a una hoguera. No se arredó, sin embargo, y puso toda su alma en la ascensión.

Por un instante dirigió la vista a su alrededor. Abajo, se distinguían al ras del suelo las copas de los árboles. Más lejos, verdeaban los pastos, y aun se distinguía el cinturón azul del mar. Todo quedaba allá abajo, formando un solo lienzo verde, cual si la tierra no fuera de nadie.

Sudaba y jadeaba Timoteo Mas, el fuego volcánico que llevaba en el espíritu le prodigaba sus fuerzas sin medida Pero la punta cuneiforme estaba aún muy lejos. Se detuvo a descansar. Entonces se dio cuenta de que la tarde se estaba muriendo. El sol se diluía entre los bosques bajos. Había en el cielo fiesta de celajes. Una rara ensoñación envolvía todas las cosas. Y sólo ahora se sintió débil, volátil, incorpóreo Le parecía estar metido en la sustancia misma de las cosas, sin individualidad, sin consciencia del ser o del no ser

Dio unos pasos más hacia arriba

De repente, el coloso se movió Una conmoción tremenda sacudió sus espaldas desnudas, y el trueno vino a romper la quietud de la tarde Timoteo se desprendió como un grano de arena y rodó por la tierra estremecida, en caída infinita

Al tiempo de desprenderse, su espíritu gritó

—Ahora ya sé qué hay debajo de los cielos Debajo de los cielos está la tempestad

VOCABULARIO

Janiche: que nace con el labio superior partido, labio leporino; *desembuchar* decir; *burlata* burla, engaño que según la ciencia indígena producen genios malignos; *bicho* niño, niña; *ambir*: medicina que se emplea para acelerar el parto; *siaga* se haga

El Sol Nace al Poniente

Estoy aquí, sentado, al borde de un abismo. Esta, en que me encuentro, es una montaña, y yo me llamo César Duval. ¿César Duval? Sí, creo que ése es mi nombre. En todo caso, ¿qué importa? Estoy sentado en una saliente del enorme peñasco que, cortado a tajo, se hunde en el misterio. Mis piernas cuelgan, balanceándose frente al vacío.

Un movimiento mal calculado y... Abajo canta el agua. Es un chorro muy claro que surge de la entraña de la roca, como brota el llanto de los ojos de los hombres duros. No puedo ver el agua. Me la imagino cayendo hasta desintegrarse en la eternidad, como una lluvia de estrellas fugaces. ¡Ah! Ahora me acuerdo del cielo. Alzo la cabeza y... ¡cuidado! casi me deslizo. Estuve a punto de caer. Al cielo, tampoco puedo verlo. Me lo imagino muy azul, con ese azul tan suyo, que ni siquiera el calor solar atenúa. Sí, el cielo está allá muy alto, después de las copas de esos grandes árboles, entre cuyas ramas se pone a retazar el viento. Está más a la mano este abismo que me atrae y me obsesiona. ¿Qué habrá allá abajo, a lo largo del vacío frente al cual mis piernas siguen balanceándose como dos péndulos? ¡Ah! si yo me deslizara suavemente adherido al peñasco como esa madre selva que hurga

la infinita soledad. Si yo me deslizara así... así... ¡Oh! pero ¿qué hago? si no era más que un deseo y sin embargo, mi cuerpo se ha movido: apenas puedo asirme de un endeble bejuco rastriero. ¡No!... ¡No!... no quiero... no quiero caer. Tengo horror a ese abismo que se ha tragado una eternidad. ¡Bendito sea Dios! he logrado sentarme de nuevo. ¿Bendito?, ¿por eso? ¡Quiah! No. Si yo quería caer, fue mi carne, esta pobre carne insulsa y floja la que tuvo miedo. ¡Yo! ¡Yo! yo no conozco el miedo. Por eso me quedo aquí, en el corazón de la montaña, desamparado del sol y de los cielos, con mis piernas colgando hacia el abismo. Y de repente pienso que así debe ser cuando uno está al salir del claustro materno para entrar a la vida. Tal cual debe haber ocurrido conmigo. Una vez escapado de aquel claustro, caí ciego, oscuro y frágil al abismo de la vida. Pero contra lo que dicen que el abismo no tiene fondo, este de la vida sí lo tiene. Al nacer yo caí en él. Era plano y ancho. Yo recuerdo que me llamaron César Duval, hoy sí estoy seguro. Con ese nombre a cuestas empecé mi recorrido. Caminé, primero, amañándome; después, con el orgullo y la arrogancia que da el equívoco, apoyado en dos pies. Desde luego, crecí en cuerpo, alma y espíritu. Vino el proceso emocional. Y he aquí que los hombres, mis semejantes, comenzaron a mordeirme. ¿Qué les hice yo? Escuchad lo que yo, César Duval, hice para que los hombres me dispensaran su odio fraternal.

Había un villorrio, tirado por ahí, como por casualidad. Había en él muchas gentes, que cumplían la misión bíblica de vivir, crecer y multiplicarse. Para vivir y crecer, tenían que comer, y para multiplicarse... también. El villorrio estaba muy cerca del mar. Caminaba yo por la playa, montado en un caballejo trotón con destino a La Garita Palmera. La arena estaba caliente y el caballo, buscando la frescura de la ribera húmeda, se mojaba los cascos con el agua que, suavemente, llegaba hasta la orilla. Yo, soñador empedernido, veía barcos, hermosos barcos a lo lejos, en la alta mar, que parecían atados a la cuerda del horizonte. Me vi a mí mismo, en la cubierta, tendido en un diván, cara a cara con el cielo. Una mujer pasa frente a mí, y se tropieza en el diván. Las excusas nos acercan. Caminamos juntos un rato. La mujer es hermosa, morena, y su cuerpo tiembla junto al mío. Va cubierta con una túnica blanca. La abrazo y ella se deja. (No sabe que soy un pobre agente sanitario camino de La Garita Palmera). Envalentonado, pruebo a besarla; ella permanece quieta, y mis labios casi rozan los suyos, cuando de súbito, como aventada por el cielo inclemente, una ola gigantesca barre la cubierta. Yo me adhiero firmemente con mis manos crispadas a unos cables que están tendidos sobre cubierta. La fuerza de la ola no logra desasirme. Cuando la plataforma queda despejada,

mis ojos ardientes por el agua salobre, buscan a la mujer, pero en vano. Esta ha desaparecido. ¡Ah! La morena de los ojos amplios. Veo por un segundo flotar en el agua su túnica blanca, y sin pensarlo siquiera, me lanzo al agua para intentar salvarla. No logro ver la túnica blanca otra vez. Estoy nadando duro, pero las olas gigantes apalean mi cuerpo, sin misericordia. Y voy nadando cada vez menos. Ya casi me es imposible levantar los brazos. No cabe duda, voy a . . . Una ola me hunde definitivamente y desaparece mi consciencia.

Ahora, voy abriendo lentamente los ojos. Retorna mi consciencia. Oigo una voz alegre que dice: ¡ya vuelve en sí, ya vuelve en sí! Siento la boca muy amarga. Los ojos me queman, como brasas. El estómago me duele atrozmente. Ya puedo mirar bien. Estoy tirado en la playa. A mi alrededor hay un grupo de curiosos. Dos hombres me toman por la espalda y me sientan sobre la arena. Yo les sonrío con mis labios amargos. Ellos mueven las cabezas con satisfacción. Uno, dice:

—Gracias a Dios, ha vuelto Ud. en sí, había tragado mucha agua. Estaba muy adentro del mar. Al pobre caballo fue imposible salvarlo.

Debí poner una cara de espanto al escuchar aquello, porque los hombres se alejaron bruscamente de mí.

Con palabra gangosa, exclamé, asustado:

—¡El caballo!, ¿el caballo, dice Ud.?, ¿pero es posible?

Si yo vengo de un barco muy grande, intentando salvar de las aguas a una mujer morena de túnica blanca.

Ellos se miraron asombrados. El mismo que había hablado antes, dijo: —¡Bah!, delira Ud., es cierto que un barco de gran tamaño pasaba en esos instantes muy cerca de la costa, pero Ud. se estaba ahogando agarrado a su caballo. Un testigo, un señor que vive en aquel rancho que Ud. ve allá, afirma que él vio cuando, inesperadamente, vino una ola enorme, y arrastró al caballo, que iba muy cerca del agua, mar adentro. Hemos tenido que poner en juego todos nuestros esfuerzos para salvarlo a Ud.; al caballo, fue imposible.

Yo, le digo, colérico:

—Y otra vez el caballo. Recapacito, sin embargo. Y mirándolos con ojos inquisidores:

—Pero, si es verdad, ahora recuerdo que yo tenía un caballo, un caballo de mala muerte, como lo suele tener un pobre agente sanitario que visita muchos rincones de la República. ¡Eso es! yo tenía un caballo,

y soy un inspector de sanidad que cruzo estas playas, muy pegadito a la línea donde mueren las olas del mar

Debo de haberme desmayado Hoy, que recobro nuevamente mi consciencia, me encuentro acostado en una cama dentro de un cuatrucho caluroso, que a la primera inspección me da la idea de una "lamada" de feria. Una buena gente me acogió en su covacha. Me han dado un purgante para sacarme la sal del estómago, y me estoy sintiendo muy confortado. La mente sin embaigo, la tengo un tanto confundida, ¿el caballo?, ¿el barco?, ¿la túnica blanca flotando sobre el agua? ¡Bah!, dejemos eso. Ya vendrá más tarde alguna aclaración.

Y en verdad, que vino muy pronto. Mirad cómo la honrada familia que me diera albergue, no dejó que me marchara sino hasta que estuviera restablecido. Allí permanecí, pues, muchos días, hasta que, una tarde, el jefe de la familia llegó a casa con un periódico en la mano. Se sentó a leerlo atentamente. Yo estaba de pie frente a él. De repente, alzó los ojos hacia mí, y dijo, con sencillez.

—Mire qué casualidad, dice aquí que el día 16 de octubre —fíjese, el mismo en que nosotros le salvamos a Ud—, del barco grande que pasaba en esos momentos muy cerca de la costa, un hombre lanzó al agua a una mujer, aprovechando que una ola barría la cubierta. Nadie lo vio ejecutar el hecho pero presunciones graves recaen sobre él, porque momentos antes se encontraba con la mujer en la cubierta. Después le vieron cuando, sin duda, creyéndose descubierto, se lanzó al agua para huir, siendo imposible alcanzarle. Se tiene seguridad —agrega la noticia— que alcanzó la playa cerca del villorrio de . (este mismo en que me encuentro); y las autoridades le siguen la pista muy de cerca.

Arrebaté bruscamente el periódico a mi protector, y leí con avidez la noticia.

Esa misma noche, sigilosamente, sin despedirme de nadie, abandoné aquella casa y me interné en las montañas. No iba a dejar que me capturasen así como así, por un crimen que yo no había cometido.

Y ahora, soy un fugitivo. ¿Desde cuándo? No sé. Quizá desde el principio del tiempo.

Estoy aquí, al borde de este abismo que me atrae y me obsesiona. Mis piernas cuelgan en el vacío como si estuvieran desprendidas del cuerpo. He sufrido mucho con esta fuga de todos los días. Recuerdo el barco grande, la túnica blanca, el caballo, el villorrio. Hace de ello

tantos años. Entonces era yo un bien puesto Agente Sanitario camino de La Gaita Palmera, un sitio lejano de la costa. Ahora tengo los cabellos blancos. La muerte ronda constantemente a mi alrededor. Está agazapada en cualquier cruce de caminos. La veo junto al tronco de los árboles. Sé que aude en deseos de que yo me decida a hacer un mal calculado movimiento en la posición en que me encuentro.

Pero, no me importa, porque siento gestarse en mi alma una vida grande, una vida inmensa que llena el universo. El odio fraterno de los hombres la formó.

¡Ah! si yo me deslizara, suavemente, como aquella madre selva, iría, bajando, bajando hasta alcanzar ese fondo que dicen que no existe.

Y lo removería, así, así con la impaciencia nerviosa de un artista. Y saldrían revoloteando muchos pájaros que se dispersarían por el mundo llevando el dulce mensaje de sus trinos.

Después, yo subiría despacio... ¡cuidado!, he oído un ruido, detrás de mí, en la mañana. ¿Serán...? ¡Bah! no es nada. Son los ruidos del atardecer que llevan tristeza al corazón. Pues bien, yo volvería, calmo y lento, asido de aquella madre selva que viste la desnudez del peñón. Y al ir coronando la cima, mis ojos se paralizarían de asombro, al ver cuán distinto es el mundo de allá abajo del mundo de aquí arriba. ¡Oh! ¡cuidado!

El ruido, otra vez, pero más claro y distinto. Me doy vuelta y quedo de bruces asido apenas a un bejuco rastroero. Y la pregunta está pendiente de mis labios: ¿serán...? Sí, no hay lugar a error. Son ellos. Vienen en número de cinco, armados de carabinas. No tengo más defensa que mis ojos que miran intensamente los cañones de los fusiles. Si me muevo, el bejuco no soportaría la tracción. Los hombres me han visto. ¡Que vengan! Que vengan todos, un ejército, si quieren. El que parece hacer de jefe, se dirige hacia mí. Y sin vacilar pone su bota sucia sobre la mano con la cual estoy asido al bejuco. Siento el peso brutal de aquel pie, el bejuco se rompe y... Ellos, los gendarmes, no saben que en el Poniente de mi vida está naciendo el sol.

Cuando Suenan los Clarines

En San Agustín había un grupo de muchachos frisando en los diecinueve años. Los padres de los mozos pasaban en continuo sobresalto porque de un momento a otro las patrullas empezaban a “agarrar” para el reemplazo. Año con año sucedía lo mismo. Cuando menos lo esperaban, los alguaciles caían sobre una choza y empujando violentamente a los viejos irrumpían en ella buscando reclutas. Casi siempre fallaban, pues los buscados sabían cómo esconderse. Pero tarde o temprano, los muchachos como potillos que no pueden separarse de la yegua madre, volvían al rancho, hasta que finalmente eran cazados por los patrulleros. Y los regaban por los distintos cuarteles de la República. Hacían su servicio militar ¿Para qué? ¡Ah! es que hay que estar siempre preparado para la defensa de la patria. Después de un año, algunos volvían contando aventuras que las más de las veces sólo existían en sus imaginaciones.

En la familia de Adrián Montes, vecino de San Agustín, había tres varones que sólo se llevaban, entre sí, un año de edad. El mayor tenía veinte años. El corazón de los viejos, padres de los mozos, era azotado en esos días por una triple angustia: el peligro de que las patrullas se llevaran a los tres hijos. Cierzo que desde que las noticias del recluta-

miento arribaron al cantón, el mayor y el menor se habían marchado hacia otro cantón a residir en casa de otros pacientes. Pero el de enmedio se resistió inexplicablemente a esconderse. Ante la insistencia de los padres, él contestaba con desgano: "que me lleven, si quieren, tarde o temprano tendré que ir".

Y en el rancho se quedó. Y ahí lo encontraron los alguaciles. No hizo ninguna resistencia cuando el cabo de la patrulla le dijo: "Date preso".

Lo amarraron de los pulgares con una pita mechuda que le punzaba la piel. Y así, dejando atrás la angustia y el llanto de los viejos, y el paisaje que el sol muiente cubría de festones rojos, Camilo fue llevado por la calleja que conducía al pueblo vecino, junto con otros hombres que no habían podido rehuir la captura.

Durmió esa noche sobre el duro empedrado del piso de la cárcel. Estoicamente se recostó en un rincón intentando dormirse. Su calma y su sangre fría contrastaban con el alboroto de los más, que asidos a los barrotes de la puerta de la cárcel gritaban y protestaban pidiendo que los pusieran en libertad. Había uno que gritaba como un condenado: "Sáquenme de aquí desgaciados, yo no tengo delitos, ni tengo nada que ver con cuarteles".

Un soldado de los que formaban la guardia de cárcel se acercó al escandaloso y le obligó a meter la cabeza aplicándole en la cara una limpia bofetada que puso escarmiento en los otros.

Al día siguiente los condujeron a pie, y siempre amarrados, a la próxima estación de ferrocarril. A Camilo por ser alto y de buen cuerpo lo remitieron para San Salvador. Ni siquiera lo dejaron cerca de los pobres viejos.

Pero él aceptó todo sin la más mínima protesta. Ante el reclamo que por esto le hacían los otros, él invariablemente contestaba: "¿y de qué me sirve protestar? De todos modos me llevarán donde ellos quieren. Pues que se den gusto".

Siempre había sido algo raro el muchacho. De los tres hermanos era el único que sabía leer y escribir y algo de las cuatro reglas. Asistió a la escuela rural y fue de los pocos que realmente aprovecharon la enseñanza. No jugaba. No peleaba. Todo el tiempo que permanecía en la escuela lo invertía en estudiar en el libro de lectura o en hacer sumas y restas en el pizarrón. Era silencioso y observador. Era, en fin, lo que podría llamarse un introvertido.

En el tien en que se conducía, iba caviloso y hurafío. De vez en cuando el paisaje, siempre en fuga, se le metía por una ventanilla y su mirada adquiría entonces cierto dejo de ternura. Aquellos árboles que pasaban raudos, eran la imagen huyente de todos sus recuerdos: los cercados del camino, que desde niño recorrió del rancho al pueblo, la montaña que descansaba sobre la espalda del volcán, la casona de cuatro corredores en donde estaba instalada la escuela rural.

Todo eso quedaba ya muy, muy atrás como el paisaje que el tien despedazaba en su carrera veloz.

Llegaron de noche. Nunca había estado en San Salvador. Sin embargo, contempló con indiferencia las absurdas casas de la ciudad, los rótulos luminosos, los automóviles que corren llevando sobre la locura de sus ruedas la demencia de los hombres.

Un camión los recogió en la estación y para llegar al cuartel tuvieron que atravesar la ciudad. Casi no tuvo tiempo de mirar mucho. Pero se dio cuenta de la enorme cantidad de gentes que van y vienen por las calles, sin destino aparente. Y se hizo a sí mismo la promesa de que algún día caminaría él también a pie por esas calles.

El edificio del cuartel sí le impresionó. Aquellos garitones redondos lucían muy bien, y parecían los guardianes de la ciudad. La entrada le pareció hermosa. Adentro, en el gran patio, llamaron poderosamente su atención dos figuras (él les había llamado "chunches") de hierro que después supo que se llamaban cañones. Ya los había oído nombrar pero no los conocía. Formaron en fila a todos los reclutas; un Sargento pasó lista y al que llamaba debía de contestar "¡fi mi sargento!", y juntar sonoramente los talones.

Después de pasada la lista, los echaron en una cuadra en donde iban a dormir.

Entonces fue cuando oyó por primera vez los clarines. Su acento era triste, casi un lamento. Le pareció a él como el canto del pájaro nocturno que se escuchaba en lo hondo de la noche, y que aun siendo Camilo ya un hombre, le producía escalofríos en el cuerpo.

Un recluta le explicó: es el toque de silencio, es la orden de acostarse.

Y se acostaron. La camilla encoñada ceñía las costillas. Pero era mejor que la suya de pitas. Se sintió algo a gusto. Pero a poco los telepatas empezaron a hacerle cosquillas en el cuerpo. Luchó con ellos, ras-

cándose aquí, y volteándose allá, pero convencido de la inutilidad de su esfuerzo y rendido de fatiga, se durmió al fin.

Y soñó. Tenía un uniforme desteñado que no le sentaba muy bien. El primer día hicieron ejercicios de marcha y gimnasia, luego manejó el fusil. Después un oficial joven y elocuente les habló de la nobleza de la carrera de armas, de los sacrificios a que había que someter el cuerpo cuando se estaba en campaña, de la lealtad del soldado a su bandera y de la obligación ineludible de defender al gobierno constituido y de morir en defensa de la patria, bajo el toque del clarín.

Todos escuchaban atentos. A él le quedaron sonando en los oídos las últimas palabras: la obligación de morir en defensa de la patria.

De improviso sonaron los clarines. Se estremeció de pies a cabeza. Ese sonido caía sobre él como una descarga magnética y su eco le quedó rascando los oídos por varios segundos. Pero sólo era el toque de rancho. Y todos desfilaron hacia el comedor, hambrientos y sudorosos.

Después de la comida se diseminaron en pequeños grupos por el patio del cuartel. La conversación giraba sobre los datos personales de cada uno: su procedencia, familia, sus propósitos, si les gustaba el cuartel.

Camilo contestaba a todo, como de costumbre, con monosílabos. Pero se alagó un poco en sus palabras para decir:

—A mí me gustó mucho el discurso de mi Teniente.

Los otros lo miraron extrañados, pues ni siquiera se acordaban ya de la perorata del oficial. Así, que uno dijo con desdén: “—Ve éste en lo que se ha fijado. Todos esos discursos son de cajón”.

Camilo no dijo nada. Y volvió a encerrarse en su mutismo habitual. Y se quedó meditando. Una voz enérgica vino a sacarle de su ensimismamiento, que dijo, perentoria.

—¡Camilo Montes!

El nombrado no contestó con presteza sino que sólo se puso de pie.

Entonces el Sargento cuya era la voz enérgica, se acercó a él y dándole un empujón le dijo:

—¡Recluta muela! ¿qué no tiene boca para contestar? Tres días de arresto y hoy de centinela toda la noche, en castigo.

—Sí, mi sargento.

Y Camilo fue guiado al garitón para cumplir la primera fase del castigo. De pie con el fusil sostenido entre las piernas recibía la brisa

helada que se metía por las claraboyas del garitón. Por ahí le espían también algunas estrellas y se colaban rachas de luna. Dos preguntas venían a su mente con insistencia: ¿Qué era lo que iba a vigilar desde el garitón? y ¿por qué si en su rancho se acostaba a las siete aquí tenía que estar despierto toda la noche? Pero no halló la respuesta. Y aún pensaba en ello cuando una vez más sonaron los clarines. Y una vez más sintió el escalofrío estremecer su cuerpo. Era el mismo lamento aquel de la primera noche. Era la imposición de un silencio desde la boca de un clarín. Y ¡qué tremendamente lúgubre era aquel caserón lleno hasta los bordes de un silencio artificial! El castigo y muchas otras cosas le demostraron a Camilo que no lo habían traído ahí para divertirse. Y, caso extraño, aquello le gustó Prospero rápidamente. Soportó con estoicismo admirable todas las etapas de la instrucción militar, y hasta el sonar de los clarines. Estaba orgulloso de todo lo que había aprendido a través de los muchos años transcurridos. Y conservaba siempre fresco el recuerdo del discurso que en la graduación de Capitanes de aquel año —entre los cuales estaba él— pronunció el Presidente de la República que asistió al acto, y que también era militar.

“Soldados y compañeros de armas —había dicho el Presidente— en estos momentos pongo en vuestras manos un título que debéis honrar: sois oficiales de nuestro ejército. Habéis adquirido un compromiso para con la patria: servidle aun con sacrificio de vuestras vidas, defended su territorio y sus instituciones y haced que se respete su Constitución

Quando suenan los clarines, es que ella os llama porque se encuentra en peligro y debéis acudir presurosos y hacer uso de esa espada que ahora os entrego.

Recordadlo bien, cuando en campaña suenan los clarines, es que ha llegado la hora del sacrificio”.

Le gustaban a Camilo aquellos discursos. Sentía que en las venas le circulaban corrientes de fuego que lo empujaban con belicosidad extraña. Estaba seguro que en esos momentos era capaz de ganar él solo una batalla y se decía: “¡Ah! Algún día haré yo un hermoso discurso como ese del señor Presidente”

Y Camilo fue Comandante de Compañía y tuvo reclutas bajo su mando. Pero por más que hizo nunca pudo hilvanarles un discurso. Eso sí, los instruía bien y adelantaban rápidamente. Su especialidad era la táctica de infantería y tenía a sus pupilos bien adiestrados, y éstos lo apreciaban y admiraban. Era un cronómetro en la exactitud del cumplimiento de su deber.

Casi nunca salía del cuartel. Ignoraba lo que pasaba afuera. Ni le interesaba. Todos sus compañeros se preguntaban por qué no le gustaba la ciudad, las fiestas y la alegría. Aquello era indudablemente anormal. Apenas, una que otra vez había salido a andar por las calles, conociendo edificios nuevos, admirando vitrinas, pero volvía a su cuartel muy temprano.

Mas, por grande que fuera su indiferencia, no pudo menos que darse cuenta a través de los periódicos y por pláticas de los demás oficiales de que la situación interna del país era bastante crítica. Había mucha gente sin trabajo. La miseria cundía por todas partes. La carestía de la vida se acentuaba más y más. La ruina estaba a las puertas y con ella el crimen y el asalto. Los periódicos criticaban duramente al Gobierno y achacaban a su negligencia e imprevisión la situación porque atravesaba la República.

Camilo oía y leía. Pero no se preocupaba porque jamás creyó que aquello fuera un problema militar. "Esa es cuestión de economía y finanzas, se decía, que la resuelvan los Ministros".

Pero un día, las cosas se agravaron. Notó muchas idas y venidas de jefes. Y en poco tiempo el cuartel estuvo en pie de guerra. Se decía que había estallado una rebelión. Y que ya había habido los primeros choques con la Policía. Que el peligro era serio y que había llegado el momento de acudir en defensa de la Patria.

A poco, sonaron los clarines. Camilo se estremeció de pies a cabeza al escucharlos. Y se dirigió presuroso hacia la Comandancia. Los clarines tocaban llamada de oficiales. Una vez que estuvieron todos reunidos, el Comandante con voz emocionada dijo:

"—Señores Oficiales: ha estallado una rebelión armada contra el Gobierno constituido. Los informes indican que por todos los sectores de la capital hay grupos armados prestos a atacar. La Patria está en grave peligro, hay que combatir y derrotar al enemigo en el más breve plazo posible antes de que los daños sean mayores. La bandera no debe ser pisoteada. Sus sagrados colores deben conservarse sin mancha. No habrá consideración para nadie. La paciencia del señor Presidente ha llegado a su último límite y hay que dar un escarmiento. La suerte está echada —como dijo un general de la antigüedad— y en vuestras manos está la seguridad de la República. A cada uno de ustedes con su respectiva Compañía le tocará batir una zona determinada. A usted Capitán Montes le toca la zona central de la Capital. Tenga cuidado que es la más peligrosa. Retírese y prepare sus hombres, vehículos y material de guerra".

Camilo no oyó más. Giró sobre sus talones y corrió a reunir a su gente.

En poco tiempo estuvo todo listo. Varios camiones transportaban a los hombres armados de rifles y ametralladoras. Y sonaron una vez más los clarines entonando el toque de marcha en campaña. Por primera vez, Camilo no se estremeció al oír los clarines. Se trataba de su bautismo de fuego. Y demostraría por qué tenía él fama de experto en táctica de infantería.

El transporte fue rápido. Haciendo sonar las sirenas y contrariando el sentido único del tránsito enfilaron por la Avenida Cuscatlán. Nada anormal se observó hasta llegar frente al Palacio Nacional. Ordenó alto. En la Plazuela Barrios y en las calles adyacentes estaba congregada una inmensa muchedumbre. Varios oradores lanzaban arengas de fuego. En ese preciso instante la multitud se movía para tomar la Avenida Cuscatlán con rumbo Sur, posiblemente hacia la Casa de la Presidencia. Las tropas de acuerdo con la táctica de Camilo se habían desplegado con inaudita rapidez por las cuatro esquinas del parque. La multitud estaba prácticamente copada. A los pocos segundos Camilo tuvo frente a sí a la vanguardia de aquel ejército que no tenía más armas que sus palabras y sus gestos.

Camilo estaba perplejo. Le habían ordenado batir con cualquier grupo que encontrara. Pero su sencilla mentalidad campesina le indicaba que aquello sería un asesinato colectivo. Aquellas gentes no tenían armas. Había entre ellas hombres, mujeres y aun niños. El cerebro de Camilo trabajaba afanosamente. Tenía que defender a la patria; eso le habían ordenado. Pero ¿de qué iba a defenderla? ¿De esas gentes desarmadas con el temor claramente reflejado en los rostros frente a la fusilería comandada por él? ¿En qué forma peligraba la patria con esa multitud, que, según lo que decía un orador, lo único que pedía era que se pusiera fin a la miseria, al crimen y a la inseguridad personal que estaban convirtiéndose ya en un histerismo colectivo?

El mismo orador, subido en la baranda de la verja del palacio, dijo a gritos: "Soldados, vosotros sois nuestros hermanos. No podéis usar vuestras armas contra nosotros porque cometeríais un fratricidio, mataríais a un hermano; además, vednos, no tenemos armas y hacemos uso de un derecho garantizado por la Constitución"

La multitud no se atrevía a pasar. Salían ultrajes de muchas bocas. Camilo seguía pensando.

Desobedecer en campaña podía significar la muerte. El sólo obe-

decía órdenes. Tenía que cumplirlas y que la responsabilidad cayera sobre el que las había dado.

En tales cavilaciones se hallaba cuando sonó un disparo hacia el Oriente, y luego otros más. Una racha de angustia sacudió todos los cuerpos y un solo grito resonó en aquel vasto escenario de tragedia. Iba a comenzar el ataque. La provocación, procediera de donde procediera, estaba hecha. Nadie podía calcular lo que iba a ocurrir. Tendió Camilo la mirada doliente sobre aquel mar de gente que había cambiado su actitud pacífica por una amenazante y corajuda. Bastaría la voz de un líder para que todo se consumara. Sonaron otros disparos hacia el Norte. Fue entonces que aquel intrépido Capitán jugándose su destino, ordenó a los cornetas tocar retirada; los sargentos y cabos designados por los cuatro rumbos se quedaron atónitos. ¡Retirada! cuando precisamente debía tocarse asalto porque esas eran las órdenes superiores. ¡Bah! debía de ser un error. Pero el toque continuó insistente. Y la multitud contempló asombrada cómo los soldados abandonaban su puesto y se aprestaban al regreso.

Ante el reclamo que respetuosamente le hiciera un Sargento, Camilo respondió:

—Cuando suenan los clarines no siempre es para anunciar una victoria; estamos derrotados por un ejército sin armas.

—Este es el fin de mi carrera. Pero es el principio en mí de una comprensión humana, del deber. Suceda lo que suceda, no seré yo quien ametralle a una multitud indefensa. Ni un solo soldado bajo mi mando cometerá ese acto de barbarie.

—Ya veremos lo que dice mi general, contestó el sargento.

* * *

Así estaba soñando Camilo en aquella primera noche de recluta en el cuartel. Una violenta sacudida que hizo zozobrar su camilla lo despertó. Y lo acabó de despabilar una voz fuerte que decía

—¡Allí! compañero, aquí se madruga.

Se incorporó bostezando. Se pasó la mano por los ojos como para despejarlos. Y se quedó atónito al darse cuenta del sitio en que se hallaba.

Luego, aquello sólo había sido un sueño, ¡Qué dicha! No era verdad. No habían transcurrido todos aquellos años. No había aprendido

nada aún. No era Capitán ni había cometido la barbaridad de tocar retirada cuando las órdenes superiores eran de atacar.

Todo aquello no era real. Pero pudo ser. Y dijo en voz alta:
—¡Qué hermoso, pero qué hermoso sueño!

Y sonaron los clarines. Pero esta vez era un sonido alegre, fresco y juguetón. Era la mañana que se metía por la estrecha bocina de las cornetas.

Terminaba el sueño. Comenzaba la realidad.

VOCABULARIO

Chunche: objeto inservible; *agarrar*: capturar, aprehender; *muela*: inútil, descuidado

